

La era del somnífero

«Perdido entre mí mismo, no puedo buscar nada;
no llego hasta la nada».

María Zambrano

En ocasiones como esta, en que ceso la inmediatez del conversar para detenerme entre los espejismos que generan las palabras, y el tiempo acecha con rostros y momentos ya vividos, acostumbro a sentirme como el comisario Medina en Santa María: me entrego a la furia del fracaso. Reconozco que es sólo una estrategia, cuya práctica me ayuda a sentir cierta firmeza ante tanta necesidad urgente de confusión, tras la que se suele esconder la falta de honestidad en el pensamiento, la corrección de las aulas y su amparo del tirano.

Durante los noventa, todos esperamos la eclosión por parte de esa juventud inquieta y de grandes síntomas revolucionarios, que prefirió buscar a sus mitos en el nuevo cine europeo y en la música independiente, en lugar de agotar posibilidades entre ideologías marchitas que se iniciaban, por aquel entonces, en la estandarización del individuo y en el fomento de la pérdida de conciencia cívica. Transcurridas casi dos décadas, se puede llegar a afirmar que todo se sustentó en una apariencia de cambio; seguíamos siendo hijos de David Bowie e Ian Curtis; de Wim Wenders y Vittorio de Sica.

Este colectivo que reclamó el derecho a ser diferenciado, a ser considerado relevo tras el desencanto sembrado por los años ochenta, emprendió el peor de los caminos: la liturgia del *Yo*, el *neo-narcisismo*. Aquellos jóvenes fueron incapaces de generar ideas, inventar referentes y arrojar del poder a los grandes dinosaurios que aún hoy resisten con su perversidad acostumbrada. Tuvieron miedo a la libertad, y por ello, han pasado a la historia como una de las generaciones más asépticas. Esta juventud, en su intento de manufacturar adultos, hombres y mujeres independientes, como diría Kant «sacar al individuo de la condición de minoría de edad de la que él mismo es responsable», seleccionó como instrumento de evasión el vacío, *la estrategia del vacío*¹, para así alcanzar la única gratificación posible: la privatización de lo moral y el consumo rápido; sólo así logran interpretar su realidad como marco incomparable para la *fast happiness*.

Con el hedonismo como nuevo modelo de organización social (lo político ha sido relegado a un segundo plano), estos narcisos están edificando una sociedad adolescente cimentada en

1 «A cada generación le gusta reconocerse y encontrar su identidad en una gran figura mitológica o legendaria que reinterpreta en función de los problemas del momento: Edipo como emblema universal, Prometeo, Fausto o Sísifo como espejo de la condición moderna. Hoy Narciso, es el símbolo de nuestro tiempo». Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Editorial Anagrama, Barcelona, 2006; p. 49.

la apatía, el egoísmo y el derrumbe de aquellos referentes culturales levantados principalmente durante la segunda mitad del siglo XX. Participar de una sociedad confusa, deshumanizada, con severos problemas para tomar decisiones pero sobre todo, orgullosa por poder exhibir la ausencia de un carácter² que le permitiría determinar el pensamiento y la vida emocional de los individuos que la componen, nos aleja de conceptos tan fundamentales e imprescindibles como la justicia³ y la felicidad, y nos hace ser parte integrante de un esquema constituido por términos abstractos capitaneados por el individualismo. Sin duda, hemos logrado una de las tareas más difíciles de emprender: lograr la incomunicación en la era informatizada, en la era de la comunicación. Pero seguimos adelante, aunque cueste creerlo y en ocasiones se desee el cese de este aparente progreso. Tal vez resida ahí la esperanza; la humanidad. Nuestro avanzar dormido entre todo tipo de escenarios y ante todo tipo de barbarie, nos asegura un futuro incierto a la par que cruento y en un entorno deteriorado. Pero es un futuro y ello implica una posibilidad, tal vez un cambio, una metamorfosis.



En 1940 Charles Chaplin produce, escribe y dirige una de las películas más deliciosas e inteligentes de la historia del celuloide: *El gran dictador*. En su alegato final se pueden encontrar algunas preguntas aún hoy por realizar, ilusiones, pero sobre todo, el intento de establecer al ser humano como mito: «... la codicia ha envenenado las almas, ha levantado barreras de odio, nos ha empujado hacia la miseria y las matanzas; hemos avanzado muy deprisa pero nos hemos encarcelado a nosotros mismos. El progreso que crea abundancia nos ha generado necesidad; nuestro conocimiento nos ha hecho cínicos, nuestra inteligencia, duros y secos; pensamos demasiado y sentimos muy poco. Más que máquinas necesitamos humanidad, más que inteligencia tener bondad y dulzura (...). El odio de los hombres pasará y caerán los dictadores, y el poder que quitaron al pueblo, se le devolverá al pueblo; y así mientras el hombre exista la libertad no perecerá...»

Cristina Consuegra

2. "La estructura del carácter no determina solamente los pensamientos y las emociones, sino también las acciones humanas". Erich Fromm, *El miedo a la libertad*, Paidós, Barcelona, 1947; p.267.

3. Platón afirmó que la justicia no es sólo la unidad del individuo y del Estado, y, por tanto, acuerdo del individuo con la comunidad.